

**Homilía de la eucaristía de la peregrinación de los obispos españoles
a la tumba de San Juan de Ávila en Montilla (Córdoba)**

Cardenal Antonio M^a Rouco Varela

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

Querido Señor obispo de Córdoba en nombre nuestro, que nos ha abierto el camino de la peregrinación a la tumba de San Juan de Ávila, nuestro patrono y Doctor de la Iglesia Universal. Querido señor arzobispo metropolitano, queridos señores cardenales, arzobispos y obispos. Querido señor nuncio, queridos hermanos sacerdotes y los que formáis parte del consejo episcopal y del consejo de consultores de esta diócesis que es hoy anfitriona nuestra en la fraternidad y comunión de la Iglesia. Saludo también a los sacerdotes que nos acompañan desde la Conferencia Episcopal, a nuestros colaboradores, al párroco, al arcipreste de Montilla que también concelebran con nosotros y saludo también al padre provincial de la compañía de Jesús que está presente en esta celebración y a los seglares; a las autoridades provinciales y locales de Córdoba y Montilla y a los seglares que han venido para participar en la celebración desde la Conferencia, desde Montilla, religiosos, religiosas y a todos los que siguen la Santa misa, esta Eucaristía, por los medios de comunicación visuales. Peregrinamos hoy a Montilla los obispos españoles para venerar en el santuario donde reposan los restos mortales, donde se guardan sus reliquias, a san Juan de Ávila, patrono del clero español. Y desde el pasado 7 de octubre, Doctor de la Iglesia universal.

Peregrinamos con la actitud humilde, sencilla y penitente del peregrino jacobeo, que nos remite a los orígenes de nuestra fe y al estilo y a la actitud con la cual hay que recibir el don del evangelio para poder creer,

que es la de la conversión y la de la penitencia. Lo hacemos en el Año de la Fe para una Nueva evangelización.

Si desde muy pronto fue objeto de la devoción de los sacerdotes y obispos de España, nuestro Santo Patrono, su causa de canonización se inició en Toledo en 1623, muy poco después de su muerte en Montilla el 10 de mayo de 1569. Si desde entonces, muy pronto, el trato y la familiaridad teológica espiritual con su figura alcanza niveles cada vez más intensos de fervor, a partir de su beatificación por León XIII el 6 de abril de 1894 se intensifican hasta hoy mismo. El Maestro de Ávila, así se le designa a lo largo del tiempo, va a ser una guía providencial en el proceso de renovación espiritual y pastoral del clero español hasta el momento de su canonización el 10 de mayo de 1970 por Pablo VI. Los que hemos sido seminaristas y sacerdotes jóvenes por esa época, sabemos muy bien lo que supuso para nuestro crecimiento y maduración sacerdotal, humana y espiritualmente la figura del Maestro Ávila. Tiene un extraordinario valor y significado para los sacerdotes de España.

A partir de 1970, en los primeros compases del postconcilio, se le ve con creciente hondura eclesial y teológica como cumbre de maestro y padre. Y no sólo de la iglesia y de los sacerdotes de España, sino de toda la Iglesia, sobre todo de la Iglesia de la Edad Moderna. Así lo vio Benedicto XVI, en su entrevista en el avión a Santiago de Compostela, el 6 de noviembre de 2012. Dijo el Papa a los periodistas. “Pensamos que el renacimiento del catolicismo en la época moderna ocurrió sobre todo gracias a España. Figuras como San Ignacio de Loyola, Santa Teresa de Ávila y San Juan de Ávila, son figuras que finalmente han renovado el catolicismo y formado la fisonomía del mundo moderno. Hasta aquí las Palabras de Benedicto XVI.

El camino, pues, conducía a la petición de reconocimiento como Doctor de la Iglesia Universal –el camino recorrido hasta entonces– que el Santo Padre anunciaba a los jóvenes seminaristas del mundo al terminar la eucaristía en la catedral de la Almudena de Madrid el sábado 20 de agosto en un día y momento memorable de la Jornada mundial de la Juventud del 2011.

La figura del que iba a ser doctor de la iglesia se acercaba así a las nuevas generaciones de los que van a ser presbíteros, sacerdotes y pastores en España y en el mundo.

San Juan de Ávila había enseñado a la Iglesia sobre todo a los jóvenes aspirantes al sacerdocio, a los sacerdotes y a los obispos de su tiempo la verdadera sabiduría. La sabiduría de Dios revelada en Cristo en su cruz. En tiempos en que se la discutía, se la malinterpretada. Era combatida desde dentro y fuera de la Iglesia. De aquella comunidad eclesial que venía de la Europa del Renacimiento y el primer Barroco. Se seguían signos y sabiduría humanas y no se aceptaba la sabiduría de la cruz predicada en la Iglesia en la fidelidad viva de la tradición y comunión jerárquica que era considerada como una necedad. Él la predicó, la enseñó, la vivió ejemplarmente y la difundió apostólicamente como el Camino del amor de Dios y de la santificación de los sacerdotes y como la vía regia de las almas para que aceptasen como verdadero itinerario de la vida cristiana, que es el itinerario que conduce a la santidad.

Su influjo sobre el pueblo fiel, sobre la educación cristiana de los jóvenes, sobre el renacimiento espiritual del pensamiento teológico de entonces, sobre la cultura y la sociedad de la época fue de un santo y maestro de santos. Sus fundaciones, los colegios de Sevilla y Écija –los principales- la universidad de Baeza y su influencia en los votos de vivir la caridad, fecundos en si mismos espiritualmente y en sus efectos sociales, basta pensar en San Juan de Dios, su forma de tratar a los pobres, a los enfermos, resulta impensable sin la influencia espiritual de san Juan de Ávila.

De todo esto resulta ser un verdadero reformador no solo para la Iglesia sino de la sociedad de su tiempo. Sus “Memoriales” para el concilio de Trento son prueba de su influencia en la Iglesia que se renovaba y se reformaba especialmente en la vida de sus pastores.

Fue verdaderamente un ejemplo él mismo de ser y como se debe ser, sal de la tierra y luz del mundo, para la Iglesia y con la Iglesia para el mundo. Ayer y ¿hoy? Sí, también en nuestro tiempo sin duda se menosprecia y se combate la sabiduría de la cruz, se tiene miedo a ser sal de la tierra y luz del mundo, hacemos las obras para la gloria de Dios y que valgan para que los hombres den gloria al Padre que está en los cielos cumpliendo hasta la última letra o tilde de la ley es a veces un mensaje incomprendido, ignorado y muchas veces retrasado.

Peregrinamos pues los obispos españoles aquí en su tumba en Montilla donde vivió los 15 últimos años de su vida en la madurez espiritual de su magisterio sobre las almas, sobre los grandes santos de la época, sobre tantas personas y fieles de todo estado y condición, sobre la Iglesia. Lo hacemos escuchando la Palabra de Dios y celebrando la eucaristía -el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo ofrecidos en oblación reparadora. Al Padre en la cruz: de “su sacrificio” y de su “Banquete”.

Dando gracias al Señor por el santo Juan de Ávila: por todo lo que significa para la Iglesia a lo largo de cinco siglos de instrumento elegido por su Señor, inundándolo de la gracia y de sus dones extraordinarios de su Espíritu, para mantener vivió en tiempos tan turbios y difíciles la luz de Cristo, y la fuerza transformadora de su Gracia: neta y limpia espiritualmente, vigorosamente apostólica pastoralmente y, santificadora, para la vida y misión de los hijos de la Iglesia dentro de ella misma, y en su acción evangelizadora de la sociedad, hasta hoy mismo, en los tiempos de las crisis del hombre, que vienen de lejos, y, singularmente en el tiempo de nuestra “crisis” actual.

A la acción de gracias se une nuestra plegaria-súplica: para que en nuestro servicio pastoral –el nuestro y el de nuestros sacerdotes, sobre todo- mantengamos con ininterrumpido y creciente impulso personal y eclesial “el primado” – o “primicia”- de la vida anterior; vida en Cristo, con Cristo, por Cristo, alimentada en el trato personal de la oración –personal y litúrgica-, extremadamente cuidadoso en la eucaristía: “Mirémonos, padres, de pies a cabeza, ánima y cuerpo, y vernos hechos semejables a la sacratísima Virgen María, que con sus palabras trajo a Dios a su vientre, y semejables al portal de Belén y pesebre donde fue reclinado, y a la cruz donde murió, y al sepulcro donde fue sepultado. Y todas estas cosas son santas... ¿Por qué los sacerdotes no son santos, pues es lugar donde Dios viene glorioso, inmortal, inefable, como no vino en los otros lugares?... Relicarios somos de Dios, casa de Dios y, a modo de decir, criadores de Dios; a los cuales nombres conviene gran santidad” (De una plática de San Juan de Ávila para el Sínodo diocesano de Córdoba del año 1563).

Pedirle para la Iglesia en España –sus Pastores, consagrados y fieles laicos– que nos encienda de nuevo de “celo” por la salvación de las almas –¡del hombre en la integridad de su ser y de su vocación trascendente–; para evangelizar auténticamente, convirtiendo a los infieles y pecadores, conmoviendo a los tibios, enfervorizando a los buenos. Es decir, que sintamos, profesemos y practiquemos en nuestra vida pastoral, intra-eclesial y la vivida en el mundo, “el primado” del espíritu, de la acción y del

testimonio apostólico... dicho con otras palabras, “el Primado pastoral del apostolado”.

Pedirle para todo el Pueblo de Dios, el Nuevo, el nacido de la convocatoria de la Palabra y de los Sacramentos de la Iniciación Cristiana, “el Pueblo” que es “el Cuerpo de Cristo”, que renueve su propósito de ser un valiente testigo, con palabras y obras, de la fuerza transformadora de la Caridad de Cristo: transformadores de las personas, de las familias, de la Iglesia y de la sociedad. En una palabra, pedirle que sepamos y queramos vivir “el Primado eclesial de la caridad” en todos los campos de la evangelización y de la santificación del mundo y de la historia. “Primado” pues, de “la Comunión”.

Nuestra oración-plegaria, se la confiamos a la intercesión de nuestro Santo Patrono –del Clero Español– Apóstol de Andalucía, Doctor de la Iglesia Universal –¡el Santo Maestro de Ávila!, que el pueblo español proclama–, Y, sobre todo, al amor maternal de la Santísima Virgen María. Madre de Jesucristo sumo y Eterno Sacerdote, Madre de los Sacerdotes, Madre de la Iglesia. Con esa “Madre”, al lado, se superan todas “las crisis”. Las del alma y las del cuerpo.

“¿Quién es aquel que te ama, y no te ama crucificado? En la cruz me buscaste y me hallaste; pues en la cruz te quiero buscar y en ella te hallo, y hallándote me curas y me libras de mí, que soy el que contradice tu amor (Cartas, 58).

¡Que no contradigamos el amor de Cristo crucificado! ¡Que seamos sus testigos fieles, valientes y entregados!

Amén